

Juan Alberto González

Anécdotas de un antiguo viaje

Primer premio Octavo Concurso Literario USAL para alumnos de nivel medio

A mis memorias:

Luego de intentar convencer a mis padres de que mi partida no es más que un corto «adiós» y no un «hasta nunca», me hallo en un gran dilema: si debo huir de mi casa sin que ellos se enteren, ya que no falta mucho para que el ejército parta en busca de Rémora, el país de los sueños.

Mi tiempo es muy limitado, por lo tanto debo decidir lo que haré cuanto antes.

Ciudad de Créstafon, 4/6/1000

A mis memorias:

El día de hoy he tomado la decisión final: el ejército está por partir, y no veo mejor oportunidad que ésta para unirme a ellos, ya que Walter, mi gran amigo, fue ascendido a comandante de la expedición que debe llegar a Rémora. Hoy me he comunicado con él luego de su ascenso, y me ha dicho que en este día partían; me aconsejó que fuera directamente a la caravana vestido con la túnica blanca y las sandalias de vestimenta militar que él me había regalado antaño, pero igualmente llevaré una bolsa con una muda de ropa compuesta de un chaleco, una camisa, un jean y un par de zapatos, todo color azul marino.

¡Oh, un segundo! ¿Acaso ese no es el ejército marchando hacia Rémora? ¡Sí, claro que es el ejército! Debo apurarme y dejar la nota de despedida a mis padres, ya que si los veo al despedirme, estoy seguro de que mi triste corazón no me dejará apartarme de ellos.

¡Listo, ya dejé la nota en la mesa de la cocina! Ahora debo bajar muy rápido la colina.

Debo alcanzarlos a toda costa.

Ciudad de Créstafon, 6/6/1000

A mis memorias:

La ciudad de Cemor era muy hermosa en todo aspecto. Bailes extravagantes, fiestas deslumbran-

tes e infinitos grupos de coro eran moneda corriente. Con respecto a sus gustos y mujeres eran los mejores. Podríamos decir que sería imposible mirar una esquina y no maravillarse con el decorado como imposible no percatarse de la belleza de sus doncellas.

Como dije, todo en Cemor era muy hermoso. Todo, a excepción de una construcción, la cual se alzaba en el centro de la ciudad, frente a la catedral y la plaza principal: un obelisco plateado, de un extraño y resplandeciente brillo, que reflejaba la luz del amanecer de un modo muy particular, algo entre lo siniestro y lo tétrico. Algunos la llamaban «la torre aguja», porque se decía que la parte más alta de la torre podría llegar a tocar las nubes, y por eso había albergado a cientos de presos, entre ellos un mago. Otros la llamaban «el monumento a los ojos rojos», por ser un recuerdo de todas las personas que murieron a causa de una peste que llevaba ese nombre, la cual había azotado Cemor años atrás.

La peste, en sí, era una enfermedad que hacía que los ojos de las personas comenzaran a inyectarse de sangre. Luego las personas quedaban ciegas y al cabo de un tiempo morían. Pero ésa no fue la única información que conseguí en mi investigación. Algunos suponían que aquel mago antiguo que había caído prisionero en «la torre aguja» maldijo la ciudad con la peste, ya que aquel que contrajera «los ojos rojos» y partiera de esta ciudad volvía a obtener su salud al instante, pero si volvía, la peste venía junto con él.

Al escuchar este rumor, decidí buscar en la biblioteca libros que se refiriesen a las artes ocultas, ya que si la historia era verídica, era muy probable que el mago hubiera utilizado estos libros para crear la maldición... aunque una razón más lógica era encontrar una leyenda que los habitantes pudieran haber utilizado con el fin de culpar al mago

de una enfermedad que había atacado su ciudad anteriormente.

Pero es necesario aclarar algo: yo era un extranjero, y como era de esperarse, no tuve el permiso para tomar los libros que necesitaba. Por eso tuve que conformarme con algunos libros de historia antigua, para así verificar si había en la antigua ciudad recuerdos de la peste.

Pero fue indescriptible la sorpresa que me llevé al enterarme de que la ciudad de Cemor había sido un reino muy próspero, el cual tuvo varios pueblos a su servicio. En esos tiempos se había cometido un crimen atroz. El segundo hijo del rey había asesinado a su madre y, como no podía ser ejecutado ni apresado por provenir de casta noble, se presentó un gran problema.

Puesto que ninguna de las dos opciones podía ser cumplida, surgió un dilema: no sabían si desterrar al príncipe o dejarlo en libertad sin tomar represalia alguna. Pero mientras esto se estaba debatiendo en un juicio, uno de los ministros del rey propuso la construcción de «la torre aguja» con la idea de que ésta fuera «una prisión especial para un crimen especial».

Así comenzó la construcción de la torre, que no tardó más que dos años para ser finalizada, ya que todo el pueblo trabajó arduamente para ver cómo el príncipe recibía su castigo.

El príncipe fue apresado en la torre, donde la soledad y el frío del segundo invierno terminaron con su vida. Al percatarse de esto, los consejeros sugirieron al rey que pusiera más celdas en la torre aguja. Pasaron los años y la torre aguja fue albergando más y más condenados, y todos quedaron conmocionados ya que al parecer la soledad y el frío no alejaban a los criminales de la torre, sino que por el contrario parecían incentivarlos a cometer crímenes. Por lo tanto se decidió incorporar el castigo de pena de muerte a las familias nobles, dejando la torre como la sentencia máxima. Y así pasaron los años, llevándose consigo los recuerdos de lo que alguna vez había sido la torre.

Habían pasado unos doscientos años desde la última vez en que un condenado fue llevado a «la torre aguja». En realidad, en ese tiempo la torre era tratada como museo o una especie de salón de baile para los nobles en el día de los muertos, con-

secuencia del impacto que se producía al unir su aire lúgubre con las paredes de color gris apagado. También se llegaron a hacer representaciones de los presos, suplicando a Dios para que los liberara de ese lugar, o los ayudara a sobrevivir un día más.

Los rezos se representaban mirando al cielo a través de las ventanas con cristales decorativos de catedral, y las celdas que más se frecuentaban eran las de los pisos bajos, en las cuales se hacían las fiestas y representaciones por ser éstas las más espaciales, mientras que las piezas del tope eran evitadas por tener fama de estar malditas, o porque nadie deseaba visitar el cuarto donde había muerto un príncipe. Esto se debía a dos razones: primero, porque era la peor decorada, ya que al haber sido la primera no tenía cristales en sus ventanas, sino que sólo se encontraba un hueco rectangular en la pared, el cual apuntaba hacia la catedral, y además por ese hueco se podía ver un triste paisaje de la ciudad; la otra razón era que el recuerdo del príncipe no era algo muy agradable para las personas. Por eso la última celda era visitada sólo por historiadores.

Pero como todos dicen, siempre hay una excepción a la regla, ya que al mago del rey se lo condenó a la reclusión en la última celda por haber envenenado a un ministro.

El pueblo estaba con absoluto terror por lo que podría llegar a hacer el prisionero en la torre. Algunos lo creían capaz de hacer brujerías como venganza para todos aquellos que lo habían castigado. Pero todos dejaron de preocuparse cuando el mago murió ciego, y todos pensaron que había sido castigado por su propia maldición; pero días después la peste atacó el reino de Cemor.

El rey fue acusado por la creencia general de que él era el culpable de la peste, ya que su gobierno había provocado la ira del mago. Y se crearon revueltas que lograron hacer que el rey abdicara, pero el pueblo no estuvo satisfecho con eso, y se produjo en Cemor una rebelión tan grande e intensa que terminó por fragmentar el reino.

Por las muertes producidas a causa de la guerra y la peste, se retocó la construcción de «la torre aguja», la cual terminó convertida en un obelisco para que las personas recordaran por siempre los he-

chos del pasado. Pero es cierto que desde que el hombre es hombre tiende a la hipocresía; por lo tanto los habitantes olvidaron muy rápido que una guerra había consumido el antiguo reino de Cemor. Es más, la mayoría ni siquiera sabía que Cemor fue alguna vez un reino. En cambio, todos sabían la historia de la peste y la mayoría culpaba al mago por ella.

En mi intento por esclarecer todo, pedí una entrevista con el jefe de la ciudad, y ya que el ejército comandado por mi buen amigo Walter tenía gran fama por su viaje hacia Réмора (esto se debe a que el viaje es encomendado a un solo ejército por década), la misma me fue concedida sin contratiempos.

Ciudad de Cemor, 13/8/1000

En la entrevista con el jefe expuse todos mis estudios y expliqué la necesidad de obtener un permiso que me diera la posibilidad de tomar libros de artes ocultas para poder estudiarlos. Él preguntó cuál era el fin de este estudio, y expliqué que deseaba encontrar la supuesta maldición del mago si es que en realidad existía, y también expliqué mi intención de encontrar una leyenda que pudiera ser utilizada para ser origen de los rumores acerca de la maldición, y por último comprobar la supuesta cura para la peste.

El permiso me fue otorgado de inmediato.

Ciudad de Cemor, 18/8/1000

Como yo había esperado, no aparecía en ningún libro nada que estuviera relacionado con una maldición que contagiara a las personas con los síntomas que describía la «peste de los ojos rojos», pero sí había una antigua leyenda que explicaba que un mago había sido condenado a muerte sin ser culpable, y antes de su muerte maldijo al tiempo mismo, prometiendo que cada vez que un mago corriera su suerte, una maldición caería en el lugar donde lo hubieran asesinado, pero a cambio de esta venganza, el mago debería morir con la enfermedad que él deseaba para su venganza.

Por los conocimientos que tengo de leyendas y magia antigua, sé que ese mago era conocido como Almedi Grimsan, y fue muy respetado por todos, porque fue entrenado por Wenlop Vaxrei, el mago

más importante de todos los tiempos, aunque para mí es la cosa más despreciable del tiempo mismo.

Mostré mis estudios a Walter, quien me aconsejó que no me atreviera a mostrar eso al jefe de la ciudad, salvo que tuviera la intención de salir corriendo de Cemor como un fugitivo.

Ciudad de Cemor, 23/8/1000

No hice caso a las recomendaciones de mi amigo y, como él dijo, tuve que salir como fugitivo de Cemor, mientras oía los gritos de quienes me perseguían. «Muera Fernando, quien porta la mentira y el engaño», gritaban las fieras y las antorchas que me perseguían.

Luego de mi escape, me reuní con la caravana sin problema alguno.

Walter me regañó desde la jungla Giral hasta el lugar donde adentramos, los bosques de Grifa.

Bosques de Grifa, 3/9/1000

A mis memorias:

Hemos vagado unos cuantos días por los bosques de Grifa, la hechicera de las ilusiones. Varios hombres han quedado profundamente dormidos o locos en las cuatro lunas que hemos pasado en este lugar.

Walter, por su cuenta, me ha contado que falta muy poco para que la luna llena se haga presente, y que cuando esto suceda veremos a Grifa. Dijo que debíamos detenerla, que si no lo hacíamos uno por uno los hombres quedaríamos dormidos o locos, que pronto moriríamos de sed y hambre, y que no importaba lo que hiciéramos por detener el embrujo, sólo nos llevaría a nuestro fin.



Al oír esto algunos hombres se atemorizaron tanto que no quisieron comer ni un bocado, otros desenvainaron su espada y no dejaron que nadie se les acercara; algunos tomaron sus espadas y comenzaron a gritarle a Grifa, y otros sólo desenvainaron con la intención de batirse a duelo con sus compañeros. Walter me dijo que eso podría tomarse como un acto de valentía o de gran estupidez mental, ya que pensaban que ese sería su último enfrentamiento.

¡Y ahora han cesado los ruidos de los animales del bosque! Estoy muy preocupado. ¿Dónde están los silbidos de los pájaros, los gritos de los simios o el sisear de las serpientes? ¿Dónde están...? ¿Dónde está el murmullo del río y el pacífico roce del viento? ¿Dónde están las sensaciones... y por qué se oye ese golpe de pandereta, ese monstruoso golpe de pandereta?

¿Acaso yo soy el único que lo oye? ¡Díganme si soy el único!

Walter, te he llamado varias veces, pero... ¡Oh Dios! ¿Acaso no me oyes o no deseas escucharme? ¡Mi respiración, oh Dios, mi respiración se hace más trabajosa! Y el aire se hace cada vez más pesado, casi imposible de respirar, y me nubla la vista.

Y esa sombra... ¿qué es esa sombra que se acerca danzando hacia mí a través de los árboles? ¿Qué es?

Bosques de Grifa, 13/9/1000

A mis memorias:

Escribo en este diario luego de que han pasado diez lunas de haber quedado dormido en los bosques de Grifa. Hay algo que me molesta de una manera casi frenética: el hecho de que Walter no quiera decirnos qué fue lo que sucedió, cuando dos días luego de que me dormí en el bosque, todos los soldados siguieron mis pasos y cayeron bajo el hechizo de Grifa. Pero tal vez no entiendan el hecho de que nadie quedó despierto a excepción de Walter (y de los locos que estaban a su alrededor).

Como dije, hay algo que me parece raro, al igual que el sueño que tuve en esos cinco días.

Para mantenerlo por siempre en mi memoria, sería mejor escribir todos mis recuerdos, ya que al pasar el tiempo estos sueños suelen transformarse hasta perder toda la línea original que tuvieron en un principio.

Yo estaba en un cuarto oscuro. Lo único que se veía era una luz amarilla despedida por un candelabro muy antiguo que tenía adornos de oro puro en forma de líneas sinuosas. Intenté tomar el candelabro con la intención de alumbrar la habitación, pero en el momento de hacerlo, sentí un extraño calor que me quemaba la mano. Caí al suelo luego de haberme mareado.

Me incorporé e intenté tomar el candelabro una vez más, pero en esta ocasión se apagó y quedé en la más absoluta oscuridad. No sé cuánto tiempo pasó en el mundo real hasta que pude ver algo, pero para mí, en ese lugar pasó todo el tiempo que transcurrió mi vida... sí, es correcto, en ese lugar para mí pasaron dieciocho años de terror, demencia y depresión. ¿Saben cuánto cuesta mantenerse cuerdo sin la certeza de estar vivo o muerto? ¿Saben cuánto terror infunde a un corazón el hecho de no poder tocar nada ni ver nada, lo cual parece confirmar el hecho de estar muerto, el hecho de encontrarse en una tumba, creyendo que uno puede moverse pero sólo es imaginación? ¿No podría ser eso lo que les sucede a los muertos? Tal vez, cuando una persona pierde el alma, el cuerpo quiere seguir moviéndose pero no puede.

Dicen que ocurren casos en que algunas personas pierden una de las partes de su cuerpo, a veces cree que la sigue teniendo, si hasta puede llegar a sentir la picazón. ¿Y quién no me aseguraba que me habían sacado mis brazos y que por eso no podía tocar nada?

La demencia, el terror y la depresión se acrecentaban cada segundo que pasaba en ese lugar. Hasta que en algún momento oí gemidos y gritos de personas, seres que lloraban en la oscuridad, esa oscuridad que me consumía, y oía unos pasos que se acercaban; luego comencé a ver la silueta de un pequeño fulgor de luz y me reí, o al menos creí hacerlo, ya que me di cuenta de algo... yo era el próximo.

La luz se hizo más fuerte y pude ver la figura que traía el candelabro que yo había intentado tomar... cuando digo figura quiero decir un muerto en medio del proceso de descomposición, con ojos de un color plateado brillante que se acercaba hacia mí. Deseaba moverme, intentaba escaparme de él, pero no podía, yo seguía tirado en el suelo, vien-

do que esa figura se acercaba más y más, con su paso tambaleante por la carne carcomida, mientras su pelo rubio se movía ocultando por momentos sus ojos, pero no su sonrisa. Al menos eso parecía ser una especie de sonrisa, su verdosa sonrisa, producida por ver el espectáculo de la desesperación.

Yo intentaba moverme pero era inútil, y mientras mis patéticos intentos eran frustrados por alguna extraña razón, el muerto seguía su lento andar, y ya estaba a unos pocos metros de mí. Creo que nunca creí en los dioses y tampoco en las brujas; pero como dicen muchos, «Las brujas no existen, pero que las hay, las hay». Entonces creí que tal vez sería lo mismo que los dioses, tal vez yo nunca había creído en uno, pero eso no significaba que no existieran.

¿Qué tan tarde puede darse cuenta uno de que no sólo es cuestión de que uno vea las cosas, para que estas sean ciertas? Yo no creía en los dioses porque nunca los había visto, pero sí creía en la admiración, el amor, la furia y otros tantos sentimientos; como el terror que sentía en esos momentos, pero sin embargo tampoco los había visto.

Eso fue lo que me puse a pensar mientras ese pútrido ser se me acercaba estirando el brazo... y recé, jamás lo había hecho antes, pero recé con fervor y lágrimas de miedo, recé para poder moverme. Y entonces sucedió, recordé algo que sabía desde hacía años, algo que me había dicho un alquimista: «Recuerda, Fernando, y recuérdalo bien. En este mundo hay brujos, magos, brujas, dioses, nigromantes y miles de seres que pueden maldecirte o lanzarte encantamientos, pero toda magia tiene un punto débil, la fuerza de voluntad. Si tú deseas cruzar una pared, lo que lograrás es golpearla con la misma, pero si tienes un hechizo encima, descárgatelo de encima utilizando una fuerza de voluntad mucho mayor de la que hayan utilizado. Si quieres librarte de un encantamiento, desea que éste se vaya, deséalo con todas tus fuerzas y se irá de inmediato».

Entonces me concentré y deseé despojarme de ese hechizo, y lo conseguí, me liberé de ese encantamiento que me ataba al suelo, y corrí hasta que dejé atrás a ese muerto, que gritaba con furia y

corría tras de mí en el intento de capturarme. Pero en mi huida no me di cuenta de algo. Al escapar del muerto, entré de nuevo en la oscuridad, sintiendo esta vez susurros y jadeos que provenían de todas partes. Divisé una luz y me detuve para ver si se movía, y al no suceder nada, comencé a acercarme despacio, con la intención de comprobar si algo estaba al acecho.

Pero nada de eso me esperaba sino que, por el contrario, la luz era despedida por un candelabro que estaba situado en una habitación con una gran mesa para banquetes llena de frascos. Miré hacia mi izquierda, una pared mohosa que tenía colgada una especie de alfombra con el dibujo de un tres que terminaba con una cola puntiaguda, que se dirigía hacia su derecha. Reconocí de qué era el dibujo; ese tipo de símbolo se utiliza para conjurar magia negra de la clase más poderosa que he visto en mi vida, y tuve mareos de sólo pensar en lo que podría sucederme, por eso me oculté debajo de la mesa por si llegaba la persona que me había traído al nefasto sitio en que me encontraba.

Transcurrió un tiempo y oí el ruido de los pies del muerto que se acercaba a la habitación. Pasó cerca de la mesa, y se alejó. Pero luego se dio la vuelta hacia el candelabro; acerqué un segundo la cabeza para intentar ver qué hacía; al parecer sólo observaba. Pero de pronto se dio la vuelta, me miró y tiró el candelabro. Una vez más me encontraba en la oscuridad, y comenzaba a oír los ruidos que hacían los pies del muerto al acercarse. Decidí escapar, correr por donde había entrado, ya que todavía tenía fresco el recuerdo de cómo era la habitación.

Salí de abajo de la mesa. Sólo había caminado unos pasos cuando sentí el retumbar de mi escondite al ser derrumbado por el muerto. Intenté correr, pero me estrellé contra una pared; tenía en cuenta que mi perseguidor ya sabía dónde me encontraba, y tenía absoluta seguridad de que estaba al acecho una vez más, así que tanteé la pared en busca de una salida, y no desco describir la repulsión que sentí al tocar el cuerpo del muerto con las manos. Rápidamente intenté alejarme de él, pero me apresó entre sus brazos y comenzó a arrastrarme hacia alguna parte de la habitación.

Perdí el conocimiento, de eso estoy muy seguro, pero por alguna razón, al despertar, mi visión se encontraba nublada y borrosa, parecía tornarse en círculos y espirales. Intenté mirar mis manos, y me di cuenta de que apenas podía reconocerlas con gran esfuerzo. Sentía náuseas y no conseguía levantarme de lo que parecía ser una cama de roca. Respiré profundo y miré todo lo que pude, descubrí que parecía estar en una especie de habitación para torturas o invocaciones. Intenté moverme de nuevo, levantarme para poder escapar; al no poder hacerlo, opté por utilizar el método que me había salvado antes, concentrarme y utilizar un contrahechizo, pero este intento fue en vano, y me hizo pensar que la vez anterior pude haber estado bajo el efecto de algunos paralizantes y en este caso podría pasar lo mismo.

Decidí quedarme dormido y esperar a que vinieran por mí. Luego desperté y al lado mío se encontraba lo que parecía ser una bruja, tal vez Grifa, la hechicera. Me incorporé de un salto; ahora mi cuerpo se encontraba ligero, pero mi vista seguía siendo borrosa, y sentía unas náuseas terribles, al ver esto, la maga acercó su mano a mi frente y pronunció algunas palabras. Sentí como si mi cabeza hubiera sido atravesada por una fuerte y refrescante ráfaga de hielo invernal, que alejó en un segundo el mareo, pero no borró mis problemas de visión. Luego la maga retrocedió y caminó hacia uno de los rincones de la pared. Se dio la vuelta y me preguntó cómo estaba. Me sobresalté al escuchar eso, ya que ella pronunció mi nombre al hacer la pregunta. Al no contestar, ella volvió a preguntar, y respondí rápido explicando los síntomas que tenía. Se rió débilmente y se alejó diciéndome que la esperara.

Registré la habitación con la mirada, hallé una espada en un rincón y pensé en ir a buscarla, pero luego decidí quedarme en mi lugar, porque analicé que las probabilidades de salir ileso de ese lugar utilizando una espada eran mínimas.

Por suerte no me moví, ya que la hechicera no tardó más que un par de segundos en regresar, y el muerto estaba junto a ella. Intentó abalanzarse sobre mí, pero ella lo detuvo recitando unas palabras. Luego se acercó y comenzó a preguntarme por qué, sabiendo que podría matarla con una

espada, no me moví para ir a buscarla. Contesté que sería inútil atacarla, ya que sabía de antemano que ella podría paralizarme o enviar al muerto, además recité una frase de mi maestro, un alquimista muy respetado: «La pluma es más fuerte que una espada, y por lo tanto, el arma más poderosa es la palabra».

Se sorprendió, y me dijo que aun así yo tenía más posibilidades con la espada que sin ella, y volví a contestar que yo tenía en mi poder las armas más poderosas: la lógica y la palabra.

Supongo que me miró como retándome, ya que me preguntó si acaso yo me creía inteligente, a lo cual contesté que todos los hombres somos estúpidos, y al decirlo recordaba a mi maestro, a la única persona que creía inteligente, y que fue una de las tantas que murió por su gran arrogancia. Aún recuerdo las palabras que dije cuando me arrodillé llorando frente a su cadáver en el laboratorio de alquimia: «Maestro, ¿se cree inteligente aun después de haber cometido el error que lo llevó a su muerte?»

La hechicera me aplaudió y me dijo que yo era el indicado, luego me tomó de la mano y me condujo a una sala. Me mostró un lugar que parecía ser una cárcel, la cual tenía una especie de celda llena de muertos. Llamó a mi perseguidor, le hizo un pequeño corte en el brazo y roció a los demás con esa sangre. Luego me dijo que esta era una prueba y, que en mi viaje a Rémora encontraría muchas más. Me advirtió que tuviera cuidado con algunas personas que encontraría en el viaje, ya que algunas intentarían ayudar y otras arruinarme.

Luego me sonrió, y dijo que cuando me despertara vería al muerto en su forma humana.

Lo extraño es que Walter me despertó de ese sueño, pero ahora, mientras nos dirigimos hacia el desierto, encuentro algunos cabos sueltos. ¿Cómo recuerdo tan bien el sueño? ¿No fue demasiado vivido? ¿Por qué Walter tiene una cicatriz en el brazo que yo no conocía? ¿Y qué hacía una espada sin filo entre mis manos?

Me pregunto si habrá sido un sueño. Y si no lo fue, ¿acaso aprendí la lección? Porque aun sigo siendo ateo.

Bosques de Grifa, 23/9/1000

A mis memorias:

Hace mucho que no escribo en este diario que relata mi viaje, ya que no tengo la fuerza de voluntad suficiente para apartar la vista de la rosa que compré en la ciudad de Camiluz.

He obtenido esta rosa hace mucho tiempo, pero su vivo color rojo, su extraña pero fascinante fragancia, y su hermosa textura, siempre eterna, no dejan de maravillarme. Esta rosa es, supuestamente, una flor traída desde los mismísimos jardines de Réмора, y su cualidad más importante es que aun después de marchitarse vuelve a nacer y renacer, siempre pimpollo, siempre flor.

Gonzalo, el mejor espadachín de la historia, se unió a nuestra expedición hace algún tiempo. Él es el único sobreviviente de la expedición que visitó Réмора hace diez años, y fue quien me confirmó que mi rosa proviene de ese lugar, pero cuando yo empecé a hablar de sus cualidades, se limitó a responder algo que no entendí: «La maravilla de esta flor no reside en sus reencarnaciones, sino en lo que ellas significarán para ti cuando todo esto termine».

Le pregunté a qué se refería, pero no me contestó. Creo que su vida es un misterio, al igual que mi rosa, porque ambos tienen un pasado incierto y lleno de cabos sueltos, y ambos tienen una manera de comunicarse que está más allá de las palabras, más allá de la simple interpretación.

Beltrán es otro de los nuevos integrantes de la expedición. Es un lancero que tiene un arma legendaria en sus manos, la lanza de Longinus, la cual garantiza a su poseedor la victoria. Rescato dos de las tantas historias que me relató Beltrán en este viaje. La primera cuando me contó de su alianza con Wenlop Vaxrei, en la guerra por la liberación del mundo frente a Réмора, de esto hace ya varios cientos de años; la otra, cuando derrotó a la muerte, al tiempo mismo mejor dicho, porque aunque Beltrán tiene cientos de años, no aparenta más de veinticinco. Su sabiduría es casi infinita, y su destreza como guerrero incomparable, ya que su único rival es Gonzalo, quien al parecer posee la unión de las almas de las dos espadas creadas por Wenlop Vaxrei, Escariante y Ramiriente, las cuales al unirse forman una espada capaz de resistir y cortar

cualquier cosa, además de facilitar la invocación a los dioses y la anulación de magias, hechizos o maldiciones.

Cuando le pregunté a Beltrán acerca de mi rosa, él me miró y dijo: «Si tiene la posibilidad de reencarnar debe ser única y muy preciada, y más si lo puede hacer mientras caminamos en un desierto. Pero es hora de que yo te haga una pregunta. ¿Qué buscas al preguntar sobre tu rosa, si ya has visto todo lo exterior de ella? ¿Buscas una justificación de su belleza eterna o buscas su verdadera naturaleza?».

Me quedé frío cuando me dijo esto, porque aún no puedo entender las palabras de Gonzalo y Beltrán, uno hablando de que no es un significado externo de mi rosa el que debo buscar, sino su verdadera razón de ser, mientras que el otro me pregunta qué es lo que busco.

Estuve pensando mucho tiempo en eso, porque en este viaje nada es lo que parece. Cuanto más me acerco a Réмора, más lejos me siento de mí mismo, y creo que la razón es simple: este viaje me está demostrando algo que nunca podría haber visto en mi vida por cuenta propia, que la mayoría de los humanos no conocemos nuestro propio ser, que tendemos a la ignorancia, la destrucción, la arrogancia y el miedo, pero también buscamos algo que nos aferre a este mundo, como el amor, el conocimiento, la amistad o el esfuerzo. Y noto que mientras más buscamos una razón de ser, más nos alejamos de ella, porque podemos llegar a buscar justicia en la ignorancia, como sucedió en Cemor; porque podemos buscar la solución en la fuerza y no en la conciencia, como me lo sugirió Grifa para tentarme en su prueba; porque podemos llegar a intentar entender algo sin siquiera saber lo que buscamos. Y este viaje me está ayudando a eliminar los errores, a buscar otra alternativa que la guerra, a desmentir las mentiras; ante todo, me ayuda a buscar lo que quiero entender.

Estuve pensando en esto mucho tiempo, hasta que Walter me dijo que esas palabras no tenían sentido, que sólo eran laberintos que a ningún lado llevan.

Puede ser cierto, o pudo ser mi error unir las dos frases, ya que cada una podría apuntar a algo completamente diferente de la otra. Quién sabe, tal vez algún día lo descubra.

Ciudad de Nitral, 4/7/1001

A mis memorias:

Por fin hemos llegado a la entrada de Réмора, y creo que este largo viaje valió la pena a cambio del espectáculo que vieron nuestros ojos, porque fue magnífico ver el agua, que para todos nosotros brillaba como en un ensueño, excepto para Walter, quien dijo que parecía un lugar de pesadilla, en especial porque la ciudad de Réмора flotaba sobre el océano.

Yo nunca aparté mi vista de esa ciudad (más que para ver mi rosa) mientras nos acercábamos en un barco de la ciudad de Ambrosia.

Nuestro primer encuentro con la entrada fue una decepción, pues aunque viéramos la ciudad no podíamos llegar a ella, y Gonzalo dijo que nos ayudaría con la clave que le dieron a él hace más de diez años: «Réмора, país de sueños. Réмора, país donde se oye lo inaudible, donde existe lo inexistente, donde muere lo inmortal, donde se ve lo invisible».

Todos se quedaron sin palabras al no saber la respuesta, excepto Beltrán, quien reía diciendo que era un acertijo muy simple, pero que no podía ayudarnos a resolverlo.

Océano Pilar, 20/7/1001

A mis memorias:

He descifrado el acertijo: lo inaudible es el agua, que no corre bajo Réмора; lo inexistente que existe es la escalera, que no se siente ni siquiera en contacto con la mano; lo que es inmortal pero muere es el ciclo de la vida, ya que no se mueve nada bajo la ciudad.

Pero ahora, cuando terminamos de subir las escaleras mientras mirábamos el panorama de gran parte de Caeter, nuestro amado mundo, nos topamos con un muro invisible, y me doy cuenta de que aún me falta descubrir la última parte del acertijo: «Donde se ve lo invisible». Y sonrío cuando se me ocurre una frase: lo importante es invisible a los ojos.

Ya sé qué es lo invisible: una puerta. Pero también sé cómo abrirla, porque por algo Grifa me impuso una prueba para entregarme una espada sin filo: la espada es la llave que abre la puerta

para conectar una vez más estos dos mundos, y mientras esto sucede, yo le prometo a Gonzalo que no escribiré nada sobre este lugar hasta que salga del mismo.

Puertas de Réмора, 23/7/1001

A mis memorias:

Gonzalo y yo fuimos los únicos dos sobrevivientes de la expedición; los demás están muertos o en los calabozos de Réмора, y se oyen los golpes de los habitantes de Réмора que retumban en las puertas, cuando intentan salir para asesinarlos. Por suerte, Gonzalo aún tenía la espada Fusión, que gracias a su increíble resistencia se mantendrá como la traba que nunca dejará abrir de nuevo las puertas de ese infierno, vorágine de almas que devoró a mis compañeros.

Ahora debo subir al barco con Gonzalo, y dejaré de escribir hasta llegar a un puerto o una ciudad para que alguien cure sus heridas.

Puertas de Réмора, 15/9/1001

Se me hace muy difícil recordar exactamente los hechos que me llevaron y los que acontecieron en Réмора.

Hago un poco de memoria y recuerdo haber cruzado una especie de sendero muy luminoso, el cual despedía una luz azul que parecía salida de un espejismo (pesadilla, hubiera dicho mi buen amigo Walter). Si, ahora recuerdo bien. Era la época cuando las flores comienzan a formar sus capullos. Lo recuerdo bien. Más aún, uno de mis compañeros llevaba una flor. ¡Ay, ay de mi memoria perdida! Si no fui yo ese, quien antaño llevaba ese capullo de rosa roja de un intenso color. ¿Acaso no fui yo el que portó esa flor por el áspero desierto nebuloso? Pero... ¿realmente fui yo o fue un compañero quien llevó la flor?

¿Pero por qué estoy divagando con estas preguntas sin sentido? ¿Acaso tienen importancia alguna en mi relato? No... o al menos eso quiero creer. En cualquier caso me daré cuenta más adelante. Ahora debo olvidar esos laberintos que a ningún lado llevan. ¡Eso fue lo que me dijo Walter en ese áspero desierto, donde una luz brillante me cegaba, y la forma de una ciudad de antaño parecía flotar en las inmediaciones de la nada!

Luego de haber atravesado el desierto a pie, llegamos a la dorada, inmensa y lujosa puerta de Rémora, la cual poseía infinidad de alhajas y decorados... pero ahora pongo en duda que en verdad Rémora tuviera una puerta... ¿La tenía o no? Qué más da. Es, como dijo Walter, otro laberinto que a ningún lado me lleva.

En esa ciudad me encontré con una gran variedad de paisajes y cosas extrañas, desde un hombre que dormía personas largando una especie de arena por sus manos, hasta un ángel adornado con flores. Desde la vista lejana de un oscuro sendero rodeado por pantanos y aguas muertas, hasta majestuosos bosques de flores con vivaces y plácidos lagos. Desde un celestial Pegaso que cruzó el cielo en el que resplandecía un brillante sol, hasta un caballo negro de ojos inyectados en sangre, que despedía fuego de sus herraduras, cuando surcaba la ribera plutoniana de una taciturna noche apagada.

En ese lugar lleno de controversias, donde mi capullo de rosa moría y volvía a la vida, yo me he

encontrado con el amor de mi vida, quien ha robado mi corazón, una doncella que fue transformada en ángel. Un ángel llamado Eleanor.

¡Ay, hermosa Eleanor! ¡Ay de mi hermoso amor! Patética y engañosa memoria la que poseo al no recordarte más que si fueras un borroso sueño... ¿O es que aún te recuerdo? Pero ese es otro laberinto que a nada me lleva, eso es lo que me dijo alguien antes de tocar ese cáliz monstruoso, el cual me ha dejado en este despreciable estado de lagunas y amnesias, en este país de mil sueños.

Ahora recuerdo bien que fue ese bálsamo del demonio que fui a buscar para mi amada... ¿Pero quién es mi amada y por qué estoy escribiendo esto?

Creo que haré con esta hoja de papel lo mismo que hice con todas las demás, sólo haré un bollo y la tiraré para que se la lleve el viento.